

## GINER DE LOS RÍOS EN LA FORMACIÓN DE EMILIA PARDO BAZÁN: A PROPÓSITO DE UN EPISTOLARIO

Ermitas Penas

(UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA)

El 18 de febrero de 1915, a la una de la madrugada, moría en Madrid Francisco Giner de los Ríos. Emilia Pardo Bazán escribe en una de las necrológicas que le dedica (*La Lectura*, marzo de 1915): “Era tal vez el mejor de mis amigos” (Kirby 1973: 1510)<sup>1</sup>.

No es nuestra pretensión glosar ahora esa amistad, pero sí dejar constancia de que las 56 epístolas –entre cartas y tarjetas– que la autora de *Los Pazos de Ulloa* envía al fundador de la Institución Libre de Enseñanza son la prueba fehaciente de ese sentimiento compartido por ambos.

Este *Epistolario* publicado por J. L. Varela (2001), que lo ha rescatado del Archivo de la Real Academia de la Historia, cubre un amplio abanico cronológico desde 1876 hasta 1909.

Parece ser que el conocimiento personal entre ambos se produjo en Madrid, en 1873. Sin embargo, las cartas conservadas llevan fecha de tres años más tarde. No resulta improbable que doña Emilia, impresionada con toda seguridad por la figura de Giner, del que tenía además abundantes y muy positivas noticias a través de sus discípulos y catedráticos en la Universidad de Santiago, Augusto González de Linares y Laureano Calderón, no le hubiese escrito antes. Pero, además, existen a veces lapsus temporales demasiado largos entre las cartas remitidas por la autora coruñesa. Todo lo cual nos permite conjeturar que, dada su falta, este *Epistolario* es todavía parcial y nos llega posiblemente mutilado. Estas cartas extraviadas de las que, como es obvio, ignoramos su existencia, completarían este interesantísimo intercambio epistolar que alcanzaría una magnitud sin precedentes si el azar nos deparase el hallazgo de las de don Francisco. Su pérdida no se debió a Pardo Bazán, quien le confesaba en 1877: “yo guardo preciosamente sus

<sup>1</sup> En la publicada en *La Nación* de Buenos Aires, la misma con ligeras variantes, emplea idénticas palabras (Sinovas Maté 1999: 987). Citaré por la de *La Lectura*. En la recogida en *La Ilustración Artística* se lee: “era, tal vez, el más querido de mis amigos” (Bravo-Villasante 1972: 336). La última necrológica apareció en el *Diario de la Marina*, de La Habana (Heydl-Cortínez 2003).

cartas de Vd., aunque sin atarlas con la clásica cinta azul” (370). Aún no disponiendo de éstas, los textos de doña Emilia llevan al lector la presencia intelectual y el talante humano de Giner de los Ríos.

José Luis Varela (2001: 329) ha destacado la supremacía de esta correspondencia pardobazániana sobre otros documentos, e incluso su obra de creación, en cuanto a muestra del carácter y forja de la personalidad de su autora. Sin duda alguna, al evaluarla, son las epístolas de los primeros años las que gozan para nosotros de un especial interés<sup>2</sup>. Pero no puede perderse de vista que toda correspondencia implica un intercambio y que, por tanto, en ese circuito, en ese “cauce de comunicación” (Guillén 1998: 204), como veremos, no sólo doña Emilia se expresa y se construye cobrando conciencia de sí misma a través de sus cartas, sino que el magisterio de Giner acaso actúe como un mecanismo de retroalimentación que va conformándola.

Como puede comprobarse, y P. Faus (2003: 251) lo ha hecho notar, las cartas decaen mucho en número a partir de 1884, en torno al momento en que Pardo Bazán fija su residencia en Madrid y el trato personal sustituye al meramente epistolar, ahora reducido casi siempre a simples tarjetas o epístolas de circunstancias. En esas cartas de los últimos años setenta y primeros de los ochenta, doña Emilia, asumiendo la ausencia del maestro y amigo, hace patente lo que Gonzalo Pontón (2002: 17) considera la función esencial del género epistolar: “tender un puente en el vacío (espacial, temporal, social) que separa a dos personas”, salvando la distancia. Por eso se desespera ante los silencios de Giner que no contesta tan deprisa como ella quisiera<sup>3</sup>. Y el motivo de ese apremio que ella demanda es de naturaleza íntima: Pardo Bazán necesita esa comunicación con don Francisco. Lo cual constata continuamente: “Sus cartas de V. me producen siempre una reacción favorable” (9-X-1879, p. 383); “Su última carta, amigo mío, me alegró como me alegran todas las tuyas, digan lo que digan y vengan por donde vengan” (25-I-1882, p. 458). Y es que la correspondencia primera, a la que nos estamos refiriendo, de la novel madre y todavía aprendiz de gran escritora manifiesta dos aspectos, diferentes pero estrechamente ligados entre sí: su soledad intelectual en La Coruña y la búsqueda de un guía. Del primero

<sup>2</sup> También Varela (2001: 327) las señala como las “más importantes desde todos los puntos de vista personal, histórico-literario, estilístico”.

<sup>3</sup> Sirva de ejemplo lo siguiente: “su mucha pereza me pone a veces de mal talante” (8-IX-1879, p. 372); “Eso de que nunca ha de poder V. ponerme dos letras, me subleva” (20-II-1881, p. 446).

da constantes testimonios. Dice que su vida “es de lo más vulgar posible: un interior tranquilo, un círculo de amigos que deja, en general, bastante que desear bajo el punto de vista de la cultura superior” (1876, p. 363). El ambiente coruñés, que nada le ofrece “para la vida interior” está cambiando su carácter: “me voy haciendo un poco huraña y rara, por más que trato de vencerme. Cada día me encierro más *at home*” (21-III-1877, p. 365). Su decaimiento, subrayado por la enfermedad hepática y la mala crianza de su hija Blanca, es evidente: “*my soul is dark*” (23-IV-1877, p. 371); “Tengo horas de melancolía profunda” (19-IX-1879, p. 377). Le asaltan los remordimientos de que sus “pesimismo y dolores intelectuales” (6-IX-1879, p. 374) hayan influido en los problemas de la niña. Aunque el tiempo va pasando, su ánimo no mejora: “estoy inquieta y oprimida (...) Decididamente estoy aburrida y triste, y me falta hasta el aire que respirar” (19-VII-1880, p. 444), y sigue aislándose: “Aquí me meto en la concha como el galápagos; y si bien al celebrar las Pascuas ha venido a esta casa un turbión de gente, no creo haber tenido con ella ni un minuto de expansión” (27-XII-1880, pp. 440-441). El ambiente “grueso y pesadísimo” (p. 457) aparece perfectamente configurado en una carta del 25 de noviembre de 1881. La vida de Pardo Bazán, la gente que la rodea, su enorme soledad han modificado su manera de ser:

“*Absolutamente* no tengo una persona con quien hablar; no crea V. que es exageración; es la verdad pura. Así es que apenas me trato con nadie; no tengo una relación íntima, vivo en familia, me ocupo de mis hijos, trabajo, paseo (sola siempre) y no cuento media hora de expansión. Con esto mi carácter, espontáneo, alegre y franco *jadis*, va replegándose, y cada día me abrocho un botón más” (456).

Este estado de cosas se arreglarían si fuese posible el traslado a Madrid, pero los padres de doña Emilia no están de acuerdo con ello, no comprenden su crisis, y la confrontación de posiciones se hace evidente:

“Así lo han querido mis padres que –estoy segura de ello– no se dan cuenta de lo que sufro a veces en esta atmósfera, porque si lo entendiesen, lo remediarían. Pero mi orgullo se opone a quejarme; bien elocuente es mi encerramiento y mi creciente gravedad, mi oposición al trato vulgar que, si no me repusiera, acabaría por invadirme. Para mis padres esto no es molesto. Son personas distinguidas, que, sin embargo, no tienen mis exigencias (...) En vano trato de hacer comprender a mi familia lo que para mí es claro como el sol: a saber, que mis hijos lo que necesitan es o el campo con sus beneficios higiénicos, o Madrid para su cultura; empéñanse en hacer vida de provincia, en ser *cabeza de ratón*... Así es que, vencida, he renunciado a decir nada: hay consideraciones que se imponen a mi delicadeza; me horroriza que piensen que lo que yo busco es un centro favorable para mi fama literaria, o ¿quién sabe? Para *divertirme*... Pero esté V. segura de que, si de mi sola

dependiese, viviría muy de otro modo y con muy diversas tendencias” (456-457).

El otro aspecto que señalábamos anteriormente, la búsqueda de un guía, también puede rastrearse en esta correspondencia. Posiblemente en 1876, escribe al maestro malagueño: “Por más ocupaciones que V. tenga, confío no le faltará tiempo para dedicarme” (354), le pide reiteradamente que vaya a Galicia, lamenta los frustrados viajes a Madrid o se alegra cuando consigue realizarlos. Siempre porque halla en Giner el “trato educador y (...) oxigenado” (354), un consuelo, el “alivio al espíritu” (383). Y esto, en muchos aspectos, se extiende a otros miembros de la Institución:

“Necesito verles. Este hielo necesita el contacto con el fuego. Estoy en tan original estado de ánimo, que me hace falta ver gente que tiene ardor, esperanza, riqueza de espíritu. ¡Cuánto les echo de menos, entre la apacible indiferencia de la vida!” (1876, p. 263); “Mi corazón se dilata con mis hijos; pero imprescindiblemente he menester estrechar su mano de VV. para renovar un poco mi atmósfera moral ” (19-IX-1879, p. 377).

El que doña Emilia busque y encuentre en don Francisco ese guía, ese tutor que necesita viene sobre todo de su sentido ético y de esa “suma bondad” (1518), a la que se refiere en las necrológicas de *La Lectura* y *La Nación*, que configuran su “personalidad moral” (25-XI-1881, p. 455), por la que se siente atraída. Evidentemente, lo considera inteligente, espiritual, culto y afectuoso (439) como a otros hombres, “pero –dice– ese *bien-querer* especial de V. es cosa que no encontré más que en mi hermano del alma” (27-XII-1880, p. 439). Asimismo, quizá debamos tener presente que Giner, en un sentido recíproco, también buscó y encontró una persona a quien orientar, una *discípula* especial<sup>4</sup>, que, sin embargo, en un principio, debió ganarse a pulso su reconocimiento. Según escribe doña Emilia (21-III-1877), cuando se ven en Madrid, el maestro alberga hacia ella “cierta prevención quizá no del todo favorable” (365). Se basaba ésta en que la tenía, y todavía la tiene, “por una mujer no tonta ni enteramente culta y de malos sentimientos, pero sí pretenciosa, amiga de lucir y divertirse; escéptica y sin vivo deseo de dejar de serlo; poco hecha para el hogar, y de cortas elevaciones de miras” (365). Pero ella intentará que don Francisco cambie de opinión a base de sinceridad –“mostrándome tal como soy” (365)– y afecto, a pesar de ciertas apariencias

<sup>4</sup> En los primeros años de correspondencia, “la soledad desorientada de Emilia y la tutela cultural de don Francisco es más importante” (Varela 2001: 327).

–“a despecho de muchas circunstancias [que] me colocan en situaciones falsas” (365)–. Las sucesivas cartas y encuentros esporádicos en la capital conseguirán, al menos, que el institucionista malagueño la vaya conociendo mejor<sup>5</sup>, aunque no coincidan totalmente en sus enfoques.

P. Faus (2003) ha apuntado algunas razones concretas, aparte el interés general por la educación y la ética españolas, que llevarían a Giner a convertir a doña Emilia en “uno de sus objetivos” (247). Por un lado, su inteligencia, sus grandes inquietudes culturales, su laboriosidad, su talante liberal y comprensivo para quienes no compartían sus ideas. Por otro, su talento literario<sup>6</sup>. Añade, además, una última causa que nos parece de capital importancia: su condición de mujer, lo cual, como en el caso de Concepción Arenal, podía ser “punta de lanza de la labor feminista ya iniciada por los krausistas durante el período revolucionario. Con la ventaja sobre doña Concepción, de poseer un temperamento más agresivo y luchador” (249).

No equiparemos enteramente, sin embargo, la relación Giner-Pardo Bazán con la establecida, en el motivo clásico, entre el ayo y el discípulo. No se trata, obviamente, de criar y educar a un ser por completo ignorante. Doña Emilia, por supuesto, no lo era, y don Francisco orienta un proceso de aprendizaje que ella ya había comenzado antes de forma autodidacta. Cuando ambos personajes se ven por primera vez en 1873, la autora coruñesa, ya había leído y escrito algunas cosas desde la adolescencia, aunque no, por ello, lo hubiese publicado. De seguir lo que declara en los *Apuntes autobiográficos*, había tomado contacto de forma desordenada y poco sistemática con obras de diferentes géneros literarios, de la novela a la poesía pasando por la historia: el *Quijote*, las *Novelas ejemplares*, la *Biblia*, la *Ilíada*, Fénelon, Lafontaine, Plutarco, Solís, Pigault Lebrun, autores de novelas góticas y lacrimosas, Barthelemy, Cantú, Fernán Caballero, Victor Hugo, Alfieri, Foscolo, Manzoni y Pellico.

Cabe suponer que hiciese llegar a don Francisco lo que de su pluma ya había salido a la luz: el cuento “Un matrimonio del siglo XIX” (1865), la novela inconclusa *Aficiones peligrosas* (1866) y los poemas *El castillo de la*

<sup>5</sup> Doña Emilia lo afirma algunas veces: “V. me conoce además lo bastante ya” (19-IX-1879, p. 375).

<sup>6</sup> De hecho, aunque sus primeros escritos, sobre todo poéticos, no tenían excesiva calidad, don Francisco, a decir de doña Emilia en *La Lectura y La Nación*, mostró, desde el principio, “un generoso interés hacia mi trabajo” (1519-1520) y de ahí, aparte el conocimiento que ella tenía de su carácter bondadoso y personalidad ética a través de sus discípulos, nació esa recíproca amistad.

*Fada. Leyenda fantástica* (1866), “La opresión” (1866), “Reflexiones sobre el agonizante año de 1866” (1866), “A Zorrilla” (1866), “A Maximiliano” (1867), “Soneto filosófico” (1867), “El consejo” (1867), y “Fantasía” (1867). La poesía, su principal ocupación literaria durante estos años, no llega, excepto lo mencionado, a la imprenta, y de ella posiblemente Giner sólo conocería algunas cosas que ella le habría facilitado. Quizás también, algunos ensayos o proyectos teatrales<sup>7</sup>. Todo lo cual, demasiado romántico todavía, subjetivo y añejo no debió entusiasmar a don Francisco, aunque, evidentemente, sabría apreciar la juventud –22 años– de su autora. Tal vez por eso, la primera impresión, mencionada más arriba, no fue del todo satisfactoria.

Más adelante, aunque doña Emilia siga escribiendo poesía, comienza a involucrarse en otros proyectos más interesantes. También a frecuentar nuevas lecturas, algunas recomendadas por Giner. En la necrológica de *La Lectura*, Pardo Bazán considera entre “el tesoro de luces y de auxilios” (1520) que le debe, más difícil que “reconocer la deuda” (1520), el que le indujese a “estudiar, a viajar, a conocer idiomas y autores extranjeros y, al propio tiempo a sentir la poesía del ambiente patrio y hasta del casero y familiar” (1520).

Sin duda, el contacto con los autores krausistas se debió a don Francisco o a algún miembro de su círculo, aunque en los *Apuntes autobiográficos* no lo consigne. Más bien lo relaciona con una anécdota familiar: un tío suyo le entrega un periódico donde aparece un artículo que, por su prosa intrincada, no entiende, y la reta a que le explique lo que dice. Pardo Bazán escribe: “Como yo no me encontraba mucho más adelantada que mi buen tío, procuré enterarme leyendo los textos en que se encerraba la doctrina”<sup>8</sup>. Sigue la autora coruñesa relatándonos su lectura de los libros de Krause, de los que indica: “eran pocos los traducidos al castellano, y en su mayor parte de discípulos y comentadores” (23). Y, en efecto, los que indica son *Mandamientos de la Humanidad*, traducido por García Moreno (1875), y *El ideal de la Humanidad* por Sanz del Río (1860)<sup>9</sup>. La curiosidad por su autor se “desvaneció presto” (23), leído le “pareció un teósofo, un iluminado” (23), sus obras, “de plomo” (23), y le “irritaba el castellano bárbaro” (23) en que

<sup>7</sup> González Herrán detalla toda esta primera producción de la *joven Emilia* en un artículo aún en prensa.

<sup>8</sup> Cito, y así lo haré en adelante, por D. Villanueva y J. M. González Herrán, eds. (1999: 23).

<sup>9</sup> Este es el orden en que los da doña Emilia.

estaban escritas<sup>10</sup>. No obstante, aprende alemán porque “los adeptos” (24) lo ven necesario, aunque considera que a ella le resultan mejores los ensayos de metafísica en traducciones francesas. El conocimiento de esta lengua, que declara en una carta a Giner (30-XII-1880) estar aprendiendo con su amigo Daniel López, le servirá para leer a Goethe, Schiller, Bürger y Heine.

Pero, confiesa doña Emilia, que las “heterodoxas” (23) producciones krausistas “alborotaban algo mi conciencia de católica ferviente” (23) y, para contrarrestarlo, “me di a leer otra clase de autores también desconocidos para mí, los místicos y ascéticos” (23). Alternaba a Kraus con Santa Teresa, Sor Juana Inés de la Cruz y Fray Luis de Granada, que le entusiasmaban.

Posiblemente llame la atención a un lector atento de estas cartas de Pardo Bazán a Giner, en las que tanto alaba y dice echar de menos a los institucionistas, el distanciamiento y la actitud crítica que hacia ellos se manifiesta en los *Apuntes autobiográficos*. De la intimidad afectiva se pasa a una ponderada valoración, y nunca nombra al maestro malagueño. Aunque liga las lecturas krausistas a su contacto con aquellos, de los que alaba su pragmatismo, condena su contradicción:

“Cuando empecé a manejar libros de filosofía alemana, me honraba con la amistad de bastantes afiliados a la escuela, que entonces reunía muy lucido séquito. Distinguíanse por cierta rigidez moral unida a propósitos innovadores y extraños, y a diferencia de la generalidad de los filósofos, que se dejan los principios guardados entre las hojas de los libros en el gabinete, éstos tenían empeño excesivo y a veces nimio de aplicarlos a todas las cosas de la vida. En opinión de un escritor de gran talento, eran los penitentes del diablo, o sea los más ascéticos herejes que vieron los siglos. Manías son estas que suelen durar poco, dígalos la pronta disgregación y ruina de la escuela” (24)<sup>11</sup>.

Desde los intereses del presente artículo no debemos echar en saco roto la valoración que Pardo Bazán hace de sus lecturas krausistas, que creemos impulsadas por Giner o sus colaboradores. Gracias a ellas se inició en la filosofía, pasando de una desordenada dedicación lectora, alimentada por su sempiterna curiosidad, a otra más sistemática y rigurosa en que el simple placer es sustituido por el esfuerzo. Así, su inteligencia consiguió progresar y

<sup>10</sup> Aunque fuera de los objetivos de este trabajo, no puede dejarse de subrayar la contradicción flagrante en que cae Pardo Bazán al afirmar en las necrológicas de *La Lectura* y *La Nación* que por aquel entonces no “había leído dos renglones de Krause” (1520). Esto, sin embargo, no lo dice en *La Ilustración Artística*.

<sup>11</sup> También Canalejas y Manuel de la Revilla consideran que el krausismo ya no tiene vigencia en 1875 (Marco 2002: 233).

como escritora pudo adquirir un poso intelectual. Más de diez años después de sus experiencias, estas son sus palabras en los *Apuntes autobiográficos*:

“Hoy comprendo cuánto debo a la curiosidad aquella que me movió a revolver documentos krausistas. Merced a ella cobré afición a la lectura seguida, metódica y reflexiva, que pasa de solaz y toca en estudio. Mi cerebro se desarrolló, mis facultades intelectuales se pusieron en actividad, y adquirí el lastre que necesita todo artista para no flotar sin rumbo como un tapón de corcho en el mar” (24-25).

Después vendrían otros filósofos: Kant, Hegel, Tomás de Aquino, Descartes, Platón y Aristóteles.

Doña Emilia, como puede comprobarse en la correspondencia que analizamos, apoyó siempre a la Institución Libre de Enseñanza, admiró a sus miembros, se preocupó por sus instalaciones –el nuevo edificio–, colaboró y se suscribió a su *Boletín*, envió el dinero que producía *Jaime* (1881), el poemario dedicado a su primogénito y sufragado por Giner, para ayudar económicamente a las famosas excursiones educativas, se interesó vivamente por el apresamiento en el coruñés castillo de San Antón de González de Linares y Calderón e hizo gestiones ante el gobernador (9-X-1879), etc. Sin embargo, no resulta tan claro, ni mucho menos, su posible krausismo. Estas cartas muestran abundantes testimonios que podrían matizar tal cuestión, además de lo expresado más arriba en los *Apuntes autobiográficos*, y en las necrológicas dedicadas al maestro.

No parece que existiese una identificación ideológica entre ambos, sobre todo desde el punto de vista doctrinal. Las teorías krausistas abstractas e idealistas, presentadas de forma abstrusa, no atrajeron a doña Emilia. Tampoco podían convencerla, como católica, algunos axiomas de aquéllas como la idea de la supremacía de la familia y la nación, como verdadero fundamento de la moralidad, sobre la Iglesia y el Estado, o la de Dios como un Absoluto, abarcador de elementos contrarios y diversos<sup>12</sup>.

Esta lejanía doctrinal es la que parece manifestarse en las necrológicas de *La Lectura* y *La Nación* al referirse a que la amistad entre ambos había nacido “no de la similitud de ideas” (1519), también en la de *La Ilustración Artística*: “afinidades de pensamiento, en cosas muy fundamentales, no existían” (340). Asimismo, en lo que declara en el *Diario de la Marina* acerca de que nunca

<sup>12</sup> En el *Diario de la Marina* se lee: “tengo que decir que Giner, espíritu profundamente religioso, hasta tocado de cierto misticismo, no era católico, y se enterró civilmente...” (278).

hablaban “ni de religión ni de filosofía (...) Evitábamos, se me figura, por instinto, estas pláticas, puesto que cada cual tenía su criterio, y no creía que del debate hubiese de salir nada útil” (278). Y en ciertas afirmaciones de sus cartas: “Y es lo más gracioso que apenas pienso como VV. en cosa alguna” (19-IX-1879, p. 379).

Sin embargo, el magnetismo hacia Giner y sus discípulos, ya comentado, se explicita una y otra vez en el epistolario. Es de origen sentimental: “Les quiero tanto, que sería de ver que no me pagasen, de grado o por fuerza. VV. son uno de los lazos que verdaderamente me atan a la tierra” (19-IX-1880, p. 380), y se fundamenta en “el espectáculo de la honradez y belleza moral” (379) de la que son acreedores, lo que, como ella dice, “disipa tanto mi *spleen* y rasga los vapores de mi pesimismo” (379) que “me hallo feliz y la dicha me pone amable. Yo misma me reconozco transformada” (379). Pero no puede descartarse la influencia que Pardo Bazán recibe de ese movimiento de renovación espiritual y sobre todo educativa que cristaliza en la Institución Libre de Enseñanza. Doña Emilia se siente ligada a ella por dos razones como explica en la epístola arriba mencionada: los propios institucionistas y en su calidad de testigo del nacimiento de la empresa:

“a mí me interesa la institución; desde luego, por VV; y, después, porque la he visto salir del cerebro de unos dos o tres hombres de convicción, que no contaban absolutamente más que con su voluntad firme” (379).

Más que en las teorías excesivamente idealistas y abstractas hay que pensar en lo atractivo de la dimensión práctica, en lo que se refiere a la pedagogía y, en concreto, a la formación integral de la personalidad. Es el pragmatismo de Giner quien transforma la doctrina de Sanz del Río en un auténtico programa de acción, y así “liquida el krausismo como filosofía especulativa para convertirlo, redivivo en *racionalismo pragmático*” (López-Morillas 1988: 12).

Y esto es lo que llega a Pardo Bazán<sup>13</sup>, que no pasó por alto la idea gineriana, aplicada rigurosamente por la Institución, de que el ser humano se convierte en la educación y por la educación en persona. Y, desde luego, el mismo origen tiene que en el futuro tratamiento de los personajes la autora coruñesa pinte individuos conformados por materia y espíritu, en los que

<sup>13</sup> En *La Ilustración Artística* dice: “nada diferíamos en la importancia que otorgábamos a la pedagogía para la regeneración posible de España” (340).

conviven la razón junto a las emociones, sentimientos, pasiones, etc., en aras de un realismo amplio y ecléctico, que tanto la alejarían de la unidimensional perspectiva naturalista, repudiada por don Francisco.

No debe sorprender, por tanto, que doña Emilia pida consejos a Giner sobre diferentes aspectos de la formación de sus hijos, especialmente desde los primeros años de Jaime. Y como las cartas son intercambio de sugerencias, no es raro que ciertas afirmaciones y preguntas de doña Emilia estén cercanas al completo programa y método pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza.

Todavía siendo muy pequeño su hijo –había nacido en julio de 1876–, el 21 de marzo de 1877, doña Emilia muestra ya interés por su educación, reconoce identidad de ideas respecto al inicio –siete años– de la misma en un plano “intelectual” (365), y valora las consideraciones de don Francisco en este terreno (“su opinión de V. en esto singularmente vale mucho”, p. 365).

Es claro que Giner le había comentado alguna vez los beneficios de las teorías pedagógicas de Pestalozzi y Froebel, que él aceptó en muchos aspectos (Gómez García 1983). Y Pardo Bazán le confirma que no desconocía estas nuevas tendencias. El *Método Elemental* del primero formaba parte de la biblioteca paterna y fue uno de los primeros libros que leyó siendo niña. En cuanto al segundo, le da noticia de “una serie de artículos que en un periódico de Santiago” (366) había publicado, “encomiando la organización de la Escuela de Párvulos que fundó aquí Costales, bajo esa base” (366). Y sintetiza muy bien la idea básica que rige el jardín de infancia, el *kindergarten* froebeliano, debido al filantrópico médico coruñés: “las criaturitas, que han pasado de la vida vegetativa a la sensitiva, se preparan para la racional en la medida de sus fuerzas, y jugando” (366).

Pero en esta carta adelanta la novel madre algo en lo que se explayará más adelante: las interferencias de la familia en la educación de los niños. Aquí todavía en tono humorístico, después lo hará con amargura. Giner, conecedor del conservadurismo de José Quiroga, su marido, teme que le asuste el sistema froebeliano. Doña Emilia le responde que “podría quizás alarmarse si hubiese alguna persona que le sugiriese” (666) la opinión del periódico carlista *Siglo Futuro* que consideraba que tal sistema “conduce a los niños al sensualismo y al naturalismo” (366). A lo que añade con ironía: “creo se tranquilizaría al ver que las encargadas de enseñar aquí a los niños el sistema Fröbel (sic) –ligeramente modificado– son las buenísimas hermanas de la Caridad” (367).

Finalmente, Pardo Bazán parece tener esperanza en que algún día Jaime

reciba enseñanza de los institucionistas:

“si V. y los amigos de V. pudiesen tener parte en la educación de mi angelito, por poco que la inteligencia le ayudase, saldría (usando un símil *académico*) como Apolo de manos de las musas. Como las hadas de los cuentos de Perrault, cada uno le daría una gracia, y la limosna de educación de hombres como VV. tan severos en principios y en instrucción tan sólidos, valdría más dada al pasar, que la enojosa instrucción diaria de un pedagogo. ¿Quién sabe? Entre la enseñanza superior de VV. y la paciente enseñanza mía, quizás formáramos un hombre. Todo esto, como está distante, me parece aún un sueño: pero acaso Dios me permitirá andando el tiempo realizarlo” (367).

En una carta del 8 de septiembre de 1879, doña Emilia dice a Giner: “quiero empezar con el invierno las lecciones de Jaime” (373). El niño no sabe todavía leer pero “ya está juntando las letras estos días” (373). Su madre, que confiesa su desorientación para abordar la tarea (“estoy tan a oscuras en el asunto”, p. 372), pide consejo al maestro. También que le facilite obras de pedagogía infantil, “listas e indicaciones de los libros (...) que me convienen para Jaime” (372). Está tan extraviada que ni siquiera se atreve a contarle cuentos tradicionales de tipo folklórico, cuentos de Perrault, “temerosa de que sean poco a propósito para su edad y viva imaginación” (372).

Días más tarde, el 19 del mismo mes, las ideas pedagógicas de Giner, en este caso con Froebel al fondo, van siendo aplicadas, no sin dificultad, en la labor educativa del niño. Don Francisco ha debido enviarle orientaciones de todo tipo que se corresponden con una de sus ideas más arraigadas: la formación integral, tanto del cuerpo como del espíritu. Por eso doña Emilia quiere seguir un tipo alimentario determinado, al que su madre se opone: “El régimen dietético que V. me indica es mi predilecto; yo apenas le daría carne; pero su abuela se empeña en dársela” (281). También hace referencia a la musculatura de su hijo, “de hombrecito ya” (281), probablemente porque Giner pudo hablarle de los beneficios de la gimnasia, que tanto se potenciaba en la Institución Libre de Enseñanza.

Por lo que respecta a la educación del espíritu, el desarrollo cognitivo en la edad de los párvulos desaconsejaba en el sistema froebeliano todo esfuerzo lector, sólo se admitía lo que se podía adquirir jugando. Así lo hace Jaime, a decir de su madre, pero, de nuevo la abuela, tampoco “transige con lo de no aprender a leer” (381). Los cuentos de Perrault, que habitualmente se contaban a niños de cualquier edad, por sus ingredientes preocupaban a doña Emilia, como se ha visto en otras cartas, ya que Jaime era “muy propenso a vagos terrores, a sueños terribles” (381). Forman parte de las “cosas que

puedan excitar la imaginación” (381) y como tales han sido “suprimidas” (381): “no se le mientan siquiera hadas, brujas, ni cosas de este jaez” (381). Tampoco el niño tendrá acceso a cuestiones abstractas pues su conocimiento se encuentra en una etapa absolutamente inmadura para ello. Pardo Bazán, muy en esta línea, confiesa: “me opuse hasta que aprendiese el Catecismo; hay en él nociones metafísicas que no puede digerir” (381). Sin embargo, sí es aconsejable el aprendizaje a través de la experiencia, mediante los sentidos, por lo que Jaime “va conociendo animales, plantas, etc, con los ojos” (381).

Sin duda, en esta correspondencia se transparenta el vivo interés que doña Emilia muestra por la educación de sus hijos, todavía pequeños. En una carta del 18 de mayo de 1880, lo afirma claramente: es “uno de mis pensamientos, y, diré más, torcedores continuos” (388). Pero sus planes formativos, desde una nueva pedagogía más moderna y progresista, se ven alterados por su familia que se interpone con opiniones contrarias a lo concebido por ella con ayuda de Giner.

Más que nunca en esta carta da muestras de gran desorientación: “Yo no sé (lo digo con el alma en la mano) qué camino seguir” (388). En la educación de los niños intervienen su madre, su padre, su marido (“muy ocupado y distraído siempre”, p. 388) y su tía, que los miman demasiado. Ella confusa dice: “no sé si soy para mis hijos la mayor de las calamidades. Créalo V.: una duda espantosa se apodera de mí” (388). Y explica la causa que le provoca tanto desasosiego:

“Su educación y formación no están sólo a mi cargo; siembro una idea y se cruza con otras cien distintas; y sin pose, sin afectación lo digo: cuando pienso que puede serles inútil o perjudicial, deseo morirme. No tengo rumbo alguno; en sólo una cosa estoy fija: y es en que no se les mienta, ni enseñe a mentir. Casi no tengo otro principio fundamental de enseñanza” (388).

Doña Emilia formula cinco preguntas, que sintetizan “mil problemas” (388), cuya respuesta la enfrenta con su familia. Son muy pertinentes y se refieren a si se debe enseñar a los niños algo abstracto o no, si conviene o no el rigor, si hay que tratarlos como a inferiores o a iguales, si los cuentos son útiles o perniciosos, y si les beneficia la comunicación con otros niños.

Pardo Bazán no quiere que sus hijos perciban ningún tipo de controversias en este tema tan importante y, por las circunstancias aludidas también tan penoso, lo que comunica a su amigo con gran esfuerzo:

“mi voluntad se cruza con otras que respeto, y no quiero combatir: los niños no deben ver desunión entre los mayores. Y basta de esto, que toca a cuestiones, tan dolorosas, que no quiero decir más. Agradézcame V. mucho, lo dicho” (389)<sup>14</sup>.

Doña Emilia, como ocurría en relación con su desamparo intelectual en La Coruña, se encuentra aislada y sin apoyos en la educación de sus hijos, y arroja la toalla. El 25 de enero de 1882, pensando en aquélla, le declara a don Francisco su idea, que él le había sugerido, de marcharse a Madrid, pero el esposo no la secunda:

“Mi firme resolución es irme a esa en cuanto pueda; ¡pero estoy sola! (...) Es preciso que el padre y la madre conformen en ciertos puntos de vista; si no, malo. ¡Qué hacer! Resignación y paciencia es lo único que cabe en ciertos casos (...) Mi marido se halla aquí a su gusto; los porqués (...) que yo considero pequeños y secundarios, los comprenderá V. fácilmente si considera que la vida de provincia encierra para los que no gustan de ser <<cola de león>> ciertas compensaciones. Suffit. A bon entendeur, salut” (462).

Ya no volverá a hablar a Giner de este asunto, pero, aunque lo descarta con amarga resignación, se vislumbra que el “sistema” (389) que “adoptaría” (389) “si esta grave responsabilidad pesase exclusivamente” (389) sobre ella podría acercarse al de la Institución Libre de Enseñanza, una vez examinada en profundidad:

No conozco lo bastante la Institución para poder decir lo que haría de mis hijos si fuese de ellos exclusiva dueña. Presumo desde luego que habrá métodos muy buenos y racionales allí; y tengo tal fe en Augusto, en V., que sin haber visto la Institución, me he formado de ella idea extraordinaria. Pero, repito, como soy amiga de no faltar a mis principios críticos, la estudiaría y conocería a fondo antes de poner en ella mis hijos. Pero ¿a qué decir de esto nada? Yo no sería árbitra de esta resolución. Dejemos a la Providencia algo, y fiemos también en que el hombre que vale se abra él ruta, aunque la encuentre difícil” (389)<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> No parece sin fundamento considerar que al distanciamiento con su marido, y posterior ruptura, pudo haber contribuido, como se trasluce en este *Epistolario*, las ansias de cultura y la dedicación a las letras de Pardo Bazán, la negativa de José Quiroga a trasladarse a Madrid y las diferencias de ambos en la educación de sus hijos. El padre, carlista, propondría un sistema educativo conservador en consonancia con los neocatólicos, enemigos de los institucionistas, que en aquellos años se impartía en los colegios religiosos.

<sup>15</sup> Pero el todavía niño, ya convertido en hombre no parece haber alcanzado este deseo de su madre. En una carta tardía (posiblemente de final de siglo) agradece la felicitación de Giner porque su primogénito ha ingresado en la Orden de Santiago, y dice: “Por mí, Jaime hubiese hecho otras cosas más urgentes que estas; pero yo no he llevado nunca el timón de su vivir –y lo siento, menos por mí que por él” (487).

En estos primeros años de correspondencia con Giner, Pardo Bazán parece estar reñida con la novela. Se refugia en el ensayo y en el periodismo, aunque sigue escribiendo poesías. El *Estudio crítico de las obras del padre Feijoo* (1876) y sus colaboraciones en la prensa gallega –*Revista Contemporánea*, *El Heraldo Gallego*–, y madrileña –*La Ciencia Cristiana*– dan buena cuenta de ello.

Pero, además, doña Emilia en esta época desconocía por completo a los autores más sobresalientes de la novelística española actual: Alarcón, Valera, Galdós o Pereda, y también franceses. Parece ser, según comenta en los *Apuntes autobiográficos*, que un amigo le recomendó las obras de los dos primeros y alabó algunos *Episodios Nacionales*. El consejo surtió efecto: “Con *Pepita Jiménez* empecé mi función de desagavios a las bellas artes nacionales; siguió *El sombrero de tres picos* y ya en lo sucesivo no necesité que nadie me pusiese sobre la pista” (33).

Descubre doña Emilia en estos, para ella nuevos libros, la realidad, lo que le llevará a iniciarse con *Pascual López* (1879) en el arte de la novela: ésta puede reducirse a “describir lugares y costumbres que nos son familiares, y caracteres que podemos estudiar en la gente que nos rodea” (33).

Pero antes de que esto ocurriese, cuando conoció a Giner, tal como expresa en las necrológicas que le dedica, se encontraba muy confusa y no sólo en relación con el género literario que debía cultivar, sino con que poseyera auténtica vocación literaria. Esto escribe en *La Lectura*:

“Hallábame en un momento de gran desorientación, sin saber si escribir en verso o en prosa, atormentada por las ansias de la vocación irresistible, pero confusa e incierta, y sufriendo la duda, que tanto atormenta, respecto de mi actitud y condiciones para que la labor de mi pluma rebasase un poco del nivel más vulgar” (1520).

En *La Ilustración Artística*, Pardo Bazán se refiere también a su incierto rumbo literario, no sólo a su fluctuación entre el verso y la prosa, sino a que “ensayaba (en secreto) varios géneros” (337) y a que no se le “cruzaba por las mientes el plan de escribir novelas” (337). Es decir, como ella afirma: “En suma, no sabía por donde andaba” (337).

Va a ser don Francisco quien enderece el curso de su joven amiga, a la que “fue abriendo senda” (1520), desbrozando “camino en aquellas confusiones” (337). Como ella afirma en *La Ilustración Artística*, aunque indulgentemente le “alentaba a cultivar la poesía” (337), también le hacía reflexionar sobre su

futuro como creadora: “recogerme (...) estudiar algo y meditar un poco, antes de tomar dirección” (337).

Pero no sólo eso; el maestro creyó, al fin, en su discípula: “me sugirió que en mí existía –dice en *La Lectura*– un temperamento artístico” (1520), y “no interrumpió jamás la especie de vigilancia afectuosa que le merecieron las evoluciones de mi arte y de mi mentalidad” (*La Ilustración Artística*, 33).

Estas cartas son una muestra palpable de diálogo entre ambos interlocutores, de lo que hace mención doña Emilia: “Sus cartas de V. (...) me encantan y las releo; me parece conversar con V.” (17-V-1880, p. 385). Realmente, forman parte, como ella expresa, de esa nunca ininterrumpida “comunicación intelectual que había de unirnos” (*La Ilustración Artística*, 337), de esas “largas conversaciones” (*La Lectura*, 1520) que enlazaron, al principio en forma de epístolas, “una tan madura razón (...) a un sentir tan juvenil y vehemente” (338).

Pero en ellas no sólo interesa la dimensión conversacional sino que, sobre todo en las escritas hasta los primeros años ochenta por doña Emilia y en las necrológicas en las que afloran los recuerdos de esta época, se vislumbra el método pedagógico que Giner pone en práctica en las suyas, encaminado a lograr unos fines concretos, los que ella le demandaba desde su pequeño y hostil universo coruñés.

Muestra don Francisco su rectitud, muy propia de su talante, como en otras epístolas depositadas, al igual que las de Pardo Bazán, en la Real Academia de la Historia. En ellas también puede detectarse “su franqueza algo regañona” (López- Morillas 988: 43), de la que la autora coruñesa se ha percatado, aunque casi siempre se la admite: “puede V. dar firme, que no duele absolutamente nada” (probablemente 1876, p. 356); “Sus reprensiones de V. son como las del confesor (...) mueven, pero no ofenden” (22-VII-1881, p. 449); “tomo gustosa cuantas filípicas le plazca enderezarme” (25-I-1882, p. 458). Es esa “cierta severidad sana” (1520) a la que alude en las necrológicas de *La Lectura* y *La Nación*.

Giner daba gran importancia a la educación del conocimiento. Consistía ésta en disponer o preparar al sujeto, que posee esa capacidad, para que no se confundiese y pudiese “formar conceptos libres, totales y reflexivos de las cosas” (1933b: 34). Este objetivo se alcanza a través de la razón que, para don Francisco, es “la facultad más específicamente humana” (Gómez García 1983: 140).

Pues bien, es posible apreciar a través de estas cartas de doña Emilia, que

completan las necrológicas que le dedica, los mecanismos que el maestro aplicaba a través de su método individualizado, es decir dedicado a ella en concreto. A esa amplia educación del conocimiento contribuye Giner sin imposiciones dogmáticas, sólo a través de consejos que no obligan al discípulo a una pasiva aceptación. Pardo Bazán sintetiza esto de forma clara en *La Ilustración Artística*: “sin hacer presión alguna sobre mi voluntad, limitándose a sugerirme puntos de vista” (337). Lo cual hace extensible a otros institucionistas que tampoco, dice en *La Lectura*, “trataron de convencerme” (1521) de sus teorías filosóficas. Es más: “nada de iniciaciones, catequizaciones ni propagandas” (1521).

Evidentemente, en esta comunicación personal hubo intercambio de libros y artículos. Doña Emilia le pide los textos de las conferencias de sus discípulos, don Francisco le envía trabajos suyos y le regala *El obrero de ocho años* de Jules Simón y, más tardiamente, *La esclavitud femenina* de Stuart Mill. Ella le hace llegar, que sepamos: la oda a Feijoo, el *Estudio crítico* sobre las obras del benedictino gallego –que reclama Giner porque no había querido mandárselo–, *Pascual López, San Francisco de Asís y Un viaje de novios*. Pasados los años, todavía le da noticias sobre otras obras en preparación –*Por la Europa Católica*, el teatro, *Hernán Cortés y sus hazañas*– o le remite comentarios sobre las ya impresas –*La piedra angular, La Quimera*–.

Giner gustaba del arte y, en concreto, de la literatura, a pesar, como señala la autora coruñesa en *La Ilustración Artística*, de que era “su terreno propio el de la filosofía y la pedagogía” (337)<sup>16</sup>. Esta atracción del institucionista malagueño hacia lo artístico no sólo llenaba buena parte de sus conversaciones con doña Emilia, sino que ésta recibía como “tesoro de luces y de auxilios” (*La Lectura*, 1520) las que versaban de “cuestiones literarias (...) tal calor entrañable ponía en lo crítico” (1520).

Es esto lo que lleva a la todavía joven escritora a pedir una y otra vez los comentarios del maestro sobre sus obras, aunque conozca su rigor<sup>17</sup>. Este es tanto que, a veces, no se atreve a decirle nada de sus trabajos –“guárdeme

<sup>16</sup> No obstante, publicó *Estudios de literatura y arte* que le valió una positiva reseña de *Clarín* en *El Solfeo* (10 y 11 de julio, 1876). Alas afirma allí que el libro “llega a iluminar asuntos sobre muchas de las cuestiones que hoy se ventilan en la ciencia de la literatura y del arte bello en general” (Botrel y Lissorgues, eds. 2002: 520), y que contribuirá “no poco” a la “regeneración que todos anhelamos” (522) en la literatura.

<sup>17</sup> Ante él y ante determinados desacuerdos, su “registro de salida es la ironía; una ironía que presupone, sin embargo, respeto a la diversidad y afecto personal” (Varela 2001: 337).

Dios de informar a un censor tan severo como V., que no sólo es exigente para la forma sino para el fondo” (363)– o espera una opinión adversa –“aguardo una tremenda zurra” (384) por el *Estudio* sobre Feijoo y “otra sobre *las cosas de fondo y forma*” (384) de Pascual López–.

Sin embargo, su primera novela parece que no ha desagradado a Giner –“¡Gracias a Dios que algo mío le ha gustado a V.” (387)– aunque ve algún fallo en la doble acción paralela que plantea y considere demasiado técnicas las explicaciones del profesor Onarro, que ella justifica en que la tendencia “de la novela moderna está [en] *pormenorizar y tecnizar todo*” (388), como hace Zola.

Cuando Pardo Bazán escribe *Un viaje de novios* ya no le es desconocida nuestra literatura realista y también la francesa, naturalistas incluidos. Giner aprecia esta segunda novela pardobazániana –“Si es cierto que tengo esas facultades que V. dice” (463)– y en su valoración no se muestra tan severo –doña Emilia, de hecho, dice que ha “pasado un buen rato” (462) leyéndola–. Pardo Bazán acepta algunas observaciones que no le “parecen desacertadas” (462), pero no la desaprobación del uso de ciertas palabras ofensivas (*gros mots*) que, sin embargo, defiende por ser “semejantes al clavo de especie: hay guisos en que es necesario, y sin él estarían sosos” (463). También don Francisco, nada adicto al materialismo naturalista, debió afearle algunos atrevimientos excesivamente duros o patentes, lo que ella no comparte: “en ciertos jabonosos sentimentalismos, en ciertas frases místico-poéticas hay un fondo mayor de picardía que en las pinceladas crudas y francas de las modernas escuelas” (463).

Giner enjuicia la labor literaria de Pardo Bazán a través del “espíritu crítico”, que estimula la faceta reflexiva, necesaria en ella, y no el simple “espíritu de contradicción”, puramente subjetivo (Giner 1933b: 35-36). Descubrimos aquí un aspecto muy interesante de estas primeras cartas a las que nos estamos refiriendo. Tiene que ver, en principio, con la naturaleza del género epistolar al que se adscriben pero, además, alcanza una trascendencia educacional o didáctica en la formación, bajo los auspicios del maestro, de la personalidad literaria y humana de Emilia Pardo Bazán.

La conversación o diálogo entre el remitente y el destinatario no se configura como “un movimiento solitario, sino en tanto que eslabón de una cadena reiterada de réplicas y contrarréplicas” (Pontón 2002: 18). En estas cartas de doña Emilia a Giner de los Ríos, es el “tú textual” –el V.– el que exige e induce, en muchos casos, al “yo textual” para que emita su discurso

escrito, de tal manera que actúa como un auténtico narratario ya que, como receptor inmanente, justifica la fenomenicidad de la existencia epistolar<sup>18</sup>.

Don Francisco estimula, fuerza el desarrollo de las cualidades de Pardo Bazán en ese perpetuo diálogo. Utiliza el método socrático, “que como nadie hizo suyo” (Laporta 1977: 35), provoca, actuando como mediador, el parto de las propias ideas de la joven escritora en cuanto a su vocación literaria. El fin, como siempre, es educar su conocimiento a través de la reflexión, aunque existan divergencias entre ambos.

En la primera carta de este *Epistolario* –posiblemente de 1876– doña Emilia parece rebelarse incluyendo en ella un “desahogo completo” (353). Giner la ha provocado planteándole una serie de discrepancias, puntos de vista distintos, acerca de su trabajo intelectual y su modo de conducirse. La réplica es fulminante y teñida de ironía: considera Pardo Bazán que el maestro piensa que no es “capaz de llegar a verter en estilo puro elevadas ideas” (353), y este ha sido el motivo de que le manifestase “desde el primer momento una dureza hostil, desproporcionada a mi entender para mis *travers*” (353). Este prejuicio de don Francisco, piensa doña Emilia, está relacionado con un conjunto de “causas” que determinan su “inferioridad literaria” (352). Son las que se deducen de los consejos que Giner le había dado acerca de una escritura más pausada y ordenada, de una mejor preparación, de la huida del triunfo banal y lisonjero, nocivo para la forja de su personalidad humana:

“V. cree que mi carácter y mi corazón no ganarán nada con el fácil éxito que piensa V. me han de preparar *coteries*, académicos, partidos y amigos; y en consecuencia haría V. muy gustoso un *auto de fe* con mis borrones. Cree V. que voy a degenerar o en pretencioso *bas bleu* o en osada prestidigitadora literaria” (353).

Pero las diferentes perspectivas alumbradas por Giner, que chocan con la suyas, son una confrontación incitadora para que, haciéndola pensar, Pardo Bazán consiga sacar de sí misma lo mejor que tiene: descubrirse como futura gran escritora. Por eso en esta misma carta, doña Emilia no se arredra:

“sabe de sobra que yo tengo para escribir, no facultades extraordinarias, pero sí regulares aptitudes, que han menester para desenvolverse cultivo y madurez (...) V. cree que yo nunca haré nada que mejore la sociedad, ni aún en grado infinitesimal. Y yo me pregunto *¿En êtes vous sur?*. ¿Me tiene V. por tan pobre de aspiraciones?” (353).

<sup>18</sup> En este proceso pueden delimitarse otros dos protagonistas más: el escritor empírico o yo del autor y el receptor empírico que lee y da vida a la lectura (Guillén 1998).

En otra carta más tardía –19-IX-1879– la escritora coruñesa vuelve a la carga. No ha enviado a don Francisco el *Estudio crítico* sobre Feijoo, que no le satisface, porque ella se había dado cuenta de que en la “anticipada censura” (376) sobre el texto del certamen, Giner

“buscaba en su crítica el fondo mismo de mi pensamiento de escritora, y decía a priori: esta mujer sin convicciones robustas, sin más que un diletantismo artístico que peca de ligero e informal, no puede haber hecho nada que no sea ¡un desatino!” (376).

No coinciden en determinados juicios que tienen que ver con las exigencias del maestro y que doña Emilia en este momento no parece dispuesta a cumplir. Don Francisco demanda al escritor la conformación de un pensamiento riguroso y profundo, y una literatura seria, incluso comprometida. A Pardo Bazán esto le parece exagerado y confirma su discrepancia:

“el que tiene disposiciones para escribir debe hacerlo, empezando poco a poco para ir a más; errando algunas veces para acertar otras; en estilo florido o severo, alto o bajo, como pueda; de asuntos graves o frívolos, según le dicte su temperamento; sin aspirar a la suma perfección, y sin creerse superior a los demás; respetando el gusto y el decoro, pero con cierta soltura; y sin aguardar para todo ello a formarse un criterio muy exacto, filosófico, estético, etc., que ¡ay! No logrará acaso poseer nunca. V. no cree esto: he aquí en lo que diferimos (...) Y en lo que no me equivoco, es en creer que gozo, que me distraigo y que vivo cuando cojo la pluma. Y es lo bueno que al experimentar este placer, no creo hacer nada trascendental ni importantísimo; hay cincuenta mil que escriben como yo, sobre poco más o menos, y no influyen sensiblemente sobre la humanidad” (377).

Pero Giner ganó esta batalla. Doña Emilia supo asimilar que el maestro no pasaba porque fuese una más en el mundillo literario, que era necesario el estudio, la lectura sistemática y el compromiso, patente, sobre todo, en su labor periodística y ensayística. De hecho, el 9 de octubre de 1879, Pardo Bazán da cuenta de su evolución literaria, bajo la pauta del maestro, desde el estudio dedicado a Feijoo hasta su novela *Pascual López*: “espero que, como imparcial, advertirá V. visible progreso de una obra a otra; del período dogmático pasé al crítico, y de escribir sin freno, a refrenarme mucho” (384). Y desde la seguridad que le han proporcionado las buenas críticas a *Un viaje de novios* y que el propio don Francisco haya descubierto en ella facultades para la literatura, su vocación se intensifica porque ya está perfectamente asumida. Con mucha ironía, y parafraseando el famoso verso de Espronceda, le comunica que si tiene aptitudes

*“je parviendrai, con y sin galicismos, neologismos, italianismos y otros ismos. Si no las tengo (y bien pudiera ser que no, a pesar de esta voz que me grita aquí dentro) y si es cierto que atraso, que no sé crear caracteres, ni copiarlos, ni hacer nada de provecho, entonces... que haya un fiasco más ¿qué importa al mundo?” (25-I-1882, p. 463).*

Hay otro aspecto importante en el pensamiento de Francisco Giner. Se trata de la educación moral, ética, que, según él, repercute en un modo de “conducta para con los demás y con nosotros mismos” (1933a: 227). Pues bien, en estas primeras cartas de Pardo Bazán se revela esta problemática. El maestro, siguiendo con su método socrático, presentando otra perspectiva, incita y pide explicaciones a doña Emilia sobre algunos comportamientos suyos que le parecen de moral dudosa o éticamente poco correctos.

Uno de esos casos tiene que ver con dos de los premios, de los cuatro convocados, por el Claustro del Instituto de Orense para celebrar el segundo centenario del nacimiento del Padre Feijoo: cuatro mil reales por un estudio crítico sobre la obra del homenajeado y una rosa de oro por una oda a él dedicada. A ambos optó doña Emilia.

Giner, sin lugar a dudas, tuvo noticia de los avatares que habían acompañado a las deliberaciones del Jurado y, sobre todo, debió haberle sorprendido, como a casi todos, que el trabajo en prosa de, nada menos, Concepción Arenal fuese, finalmente, relegado a favor del de Pardo Bazán, joven veinteañera frente a los cincuenta y seis años de la ilustre jurista ferrolana. Pues bien, don Francisco posiblemente hizo duros requerimientos a doña Emilia, tanto en relación con su escrito en verso como con el de prosa. En principio, algunos son fruto de malentendidos por parte del maestro, ya que ella se lamenta de que no preste la debida atención a sus epístolas: “Pero lo que no dispense es que V. lea deprisa mis cartas y las conteste sin tenerlas a la vista” (1876, p. 349). Tanto Augusto González de Linares como Giner, dice la escritora coruñesa, “hallan que procedí ligeramente en dejar entender a mis amigos que yo era la autora de la Oda, para mejor desorientarlos acerca de la Memoria” (350). Doña Emilia aclara que no hubo nada de esto, que pidió el programa a un amigo comerciante porque se le había extraviado pocos días antes de concluir el estudio crítico, y que luego hizo y envió los versos “pero sin decir nada a nadie *absolutamente*; si bien pensando que de sospechar el Jurado o el público que allí existiere algún trabajo mío, me atribuirían la Oda más bien que la Memoria. En este sentido dije que quería desorientar” (350).

Con respecto al estudio sobre Feijoo, la cosa fue más complicada.

X. R. Barreiro (2003) ha historiado con pormenor el asunto y analizado convincentemente los textos de los tres concursantes: Concepción Arenal, Pardo Bazán y Miguel Morayta. El Jurado de Orense otorgó cuatro votos al trabajo de las dos primeras y uno al del tercero, que optó por retirarlo. Se le encomienda la resolución del empate a la Universidad de Oviedo, quien excluye unánimemente el de Concepción Arenal y concede sólo un accésit, con siete votos a favor y seis en contra, al de doña Emilia.

Este proceso –el empate orensano–, la decisión final –con un único voto de diferencia– y la exclusión de la aspirante más reputada tenían, obviamente, que producir todo tipo de suspicacias. Sin embargo, la decisión del Jurado de Orense no se debió a intrigas de Pardo Bazán o a que el supuesto anonimato se hubiese quebrantado. Aunque sus miembros eran en su mayoría progresistas, acordaron, inteligentemente, dividir el voto proponiendo el empate porque el estudio de doña Emilia se ajustaba más a la intención del certamen que el de C. Arenal, más censorio que crítico (Barreiro 2003: 64). Por lo que respecta al fallo de la Universidad de Oviedo, fue muy claro su rechazo a conceder un accésit a la autora de *La mujer del porvenir*: dos votos a favor y once en contra. Seguramente pesarían las mismas razones que en Orense llevaron al empate.

Doña Emilia tiene que defenderse en una segunda carta de las imputaciones de Giner y González de Linares en esta polémica involuntaria. Su supuesto comportamiento poco honrado, al creer los institucionistas que había dado publicidad a la autoría de la oda, le duele enormemente viniendo de donde viene: “la pena que me causó, no hay que encarecerla (...) aún me pesa en el espíritu la idea de que me acusan VV. nada menos que de *una falta de probidad*. Eso y no otra cosa sería mi conducta como VV. la suponen” (355).

Pardo Bazán se siente ofendida por estas sospechas que le afectan interiormente, y la respuesta es inmediata:

“con el pulso agitado y el ánimo agitadísimo contesto sin pérdida de tiempo a la suya, para rechazar con toda la energía de que soy capaz la frase con que V. y Augusto me lastiman diciendo que hice mal en dar a entender era mía la *poesía*” (355).

No comprende cómo han podido deducir eso de su carta en la que daba “prolija y hasta pueril satisfacción de las precauciones que tomé para guardar el incógnito” (355). Y achaca “la pretensión (...) de que yo fuese la autora de ambos trabajos” (355) no a la letra, que “nadie conocía en el Jurado” (355), sino a su forma de escribir y a su ideología: “el estilo y el pensamiento no son

disfrazables” (355). Giner y Linares atribuyen *poca formalidad* a su conducta. El primero se basa en un conjunto de “detalles de carácter confidencial” (351), “detalles íntimos” (352) que le proporciona uno de los miembros del Jurado. Éste asegura que ni él ni los demás sabían que el trabajo de C. Arenal era de ella, pero todos sabían que el suyo pertenecía a Pardo Bazán. Doña Emilia es más severa juzgando el comportamiento que se le atribuye: “Si pensando yo que mi nombre era llave que me abriese las puertas del premio, hiciese sonar de propósito ese nombre, ¿sería eso *falta de formalidad*, o ruin y mezquino atentado?” (355).

Por otra parte, Giner, según afirma la escritora, atribuye lo que ella dice sobre el Jurado de Orense al Jurado de Oviedo. Sólo en la ciudad gallega podrían reconocer “estilo y pensamiento” de Pardo Bazán, pero no en el resto de España. En la capital del Principado, por el contrario, argumenta doña Emilia, “conocerán a la Sra. de Arenal, escritora afamada y fecunda, y no sabrán ni que yo existo. *No creo pues* que ignorasen allí que el trabajo era de ella” (351). Es más, la *Correspondencia de España*, en los días en que se supo el empate, “se encargó de decirlo, dando de ella [Concepción Arenal] tales señas, que era inútil añadir el nombre” (351).

La coruñesa da, finalmente, la clave de “la ruptura del sigilo” (351) en Oviedo. Viene de la mano de otro miembro del Jurado, quien le escribe, y tras mencionar que “ha debido ejercerse gran presión” (351) sobre éste para que no se le diese el premio, hace referencia a que los que la votaron “desconocíamos por completo su procedencia, a diferencia de alguno de nuestros disidentes que ya habían sorprendido otro nombre al trasluz del sobre” (351).

Por otra parte, la persona que informa a Giner debió cometer errores en sus noticias, puesto que doña Emilia le dice que “contrastan con una carta que, firmada con iniciales, escribió desde Oviedo no sé quién” (352) acerca de las votaciones, que son, aunque ella no se fíe de este casi anónimo remitente, rigurosamente exactas: a Concepción Arenal no se le adjudica el premio por unanimidad y se le niega el accesit por aplastante mayoría, dos votos a favor y once en contra.

Evidentemente, y lleva razón doña Emilia, después del fallo de Orense, “lo natural, lo que está en las circunstancias y curso del negocio, es que en Oviedo estuvieran al tanto de los nombres respectivos, precedido el uno de su justa fama” (351). Y se exculpa de esa supuesta inmoralidad intelectual o falta de ética en relación con un trabajo que nunca apreció –“desaliñadísimo y verdaderamente incompleto estudio” (356)– y con un premio cuyo jurado

actuó de forma “ilegal” (352) por no deshacer el empate: “Ni la Sra. de Arenal ni yo hemos *intrigado*, y por consiguiente no somos responsables de presiones ni otro acto de indelicadeza” (351).

Hay otro asunto que también muestra la exigencia del maestro que demanda una determinada conducta. Tiene que ver con que Rodríguez Mourelo le ha dicho a Giner que había gestionado varios artículos laudatorios sobre *Un viaje de novios*. Doña Emilia se rebela contra esto en una carta del 25 de enero de 1882. Afirma tajantemente: “aspiro a la gloria de las letras (...) deseo que la crítica tome en cuenta mis libros, y los juzgue; no hay otro medio de llegar al público; y en esto no encuentro nada reprehensible o vitando” (460). Pero no está dispuesta a aceptar comportamientos indignos en este terreno, y lanza varios interrogantes con afán de desmentirlos:

“¿me cree V. –ponga V. la mano sobre el corazón– capaz de aprobar que nadie diga a nadie <<escriba V. elogios de un libro mío?>> (...) ¿cree V. que yo creo que se compra *diciendo bombos*, efímeros si en algo no se fundan? (...) ¿indicarle yo a un crítico cómo ha de juzgarme y si me ha de alabar o no?. ¿En qué carta podrá Mourelo enseñar un párrafo donde tal le diga o le indique?” (461).

Y todavía, bastante más tarde, en una carta sin fecha, posiblemente de 1891, da contestación a algo que a don Francisco, tan poco materialista y de nulo espíritu comercial, le parece reprehensible. Se trata de que Pardo Bazán publicita sus libros en los periódicos y pide críticas sobre ellos. Pero doña Emilia ya ha terminado su período de formación hace mucho tiempo, y en su respuesta no necesita autoafirmarse, azuzada por el maestro. Ya no se ofende ni se disgusta, simplemente envuelve sus palabras de ironía amistosa:

“No hago misterio ninguno de que he escrito a todos los directores de periódico que conozco, para que *anuncien* y *juzguen* (¡ojo, no para que elogien!) mi novela. Y tanto creo que estoy en mi derecho de hacerlo, que en el próximo número del Teatro esclareceré ese punto debidamente (...) Parece que el que de eso se haya escandalizado, siendo tan sencillo, natural y comercial en la autora y en la editora que soy, será uno de esos *pusilli animi* de que habla la Escritura. Pues claro que he de trabajar el anuncio de mis libros; ¡no faltaba más!” (475).

En las diferentes necrológicas escritas a la muerte de Giner, Pardo Bazán indica que había aprendido del maestro la tolerancia. Dice en la de *La Lectura* y en la de *La Nación*: “Don Francisco me enseñó aquel sentido de tolerancia y respeto a las ajenas opiniones, cuando son sinceras, que he conservado y conservaré, teniéndolo por prenda inestimable y rara” (1521). En la de *La Ilustración Artística* considera que es “uno de los favores que le

debió mi formación moral” (339), lo que no ha dejado de costarle algunos disgustos. Y, aunque como hemos visto existiesen discrepancias entre ellos, doña Emilia sabe definir, siguiendo las pautas del institucionista malagueño, los cauces por los que puede transitar la transigencia: “siempre hay, entre los bien intencionados, terreno común, una zona neutral, en la cual pueden reunirse y estar perfectamente de acuerdo” (*La Ilustración Artística*, 340)<sup>19</sup>.

También don Francisco reforzó el feminismo, “lo que atañía al mejoramiento de la condición de la mujer” (*La Lectura*, 1522), de Pardo Bazán, quien ya en una carta del 27 de diciembre de 1880 le escribía sobre “el cariño desinteresado entre personas de distinto sexo” (440), lo que explicaría muchos malentendidos acerca de nuestra escritora:

“A mí me ha irritado siempre la vulgar preocupación que declara imposible tal género de afecto por dignidad del sexo femenino, por dignidad del linaje humano, me regocijo de haber desmentido muchas veces en mi vida esa horrible y humillante trivialidad que repiten las gentes, sin considerar a donde llegaríamos extremando las consecuencias del aforismo” (440).

La lectura de este *Epistolario*, que tantas veces hemos complementado con las necrológicas, muestra el conformarse de la personalidad humana y literaria de Pardo Bazán. En ese proceso de aprendizaje en que se convierten las cartas, sobre todo las de los primeros años, Giner, dialécticamente, la va sometiendo a ciertas pruebas iniciáticas que ella va superando. Pero también esas cartas son, como provocación o incitación por parte de don Francisco, para Pardo Bazán tanto un revulsivo íntimo que afecta al desarrollo de su propio conocimiento y del mundo en general como el motor de su discurso epistolar:

Sus cartas de V. tienen el privilegio de hacerme perder el equilibrio de mi sereno espíritu, de llegarme siempre a algo íntimo y profundo y de obligarme, *sans délai*, a coger la pluma” (17-V-1880, p. 385).

En este circuito comunicativo, la discípula reconocía hacía el maestro “verdadera veneración” (*La Ilustración Artística*, 340) y su palabra, la de

<sup>19</sup> Es una de las notas dominantes de la personalidad de Giner, quien le escribía así, en 1899, a Unamuno: “Lo que dice V. del dogmatismo (...) Yo no podría decirle cuánto congenio en ello con V. No sé si lo he podido jamás dar a conocer bastante; pero siempre he deseado que mi enseñanza y mi acción y vida entera fuera obra de neutralidad, de tolerancia...” (Gómez Molleda 1977: 104).

tantas conversaciones en la distancia, se le presentaba con “una fuerza persuasiva extraordinaria” (340).<sup>20</sup>

<sup>20</sup> Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación *Ediciones y estudios críticos sobre la obra literaria de Emilia Pardo Bazán*, realizado en la Universidad de Santiago de Compostela, con financiación del Ministerio de Educación y Ciencia (Referencia: HUM2004-04966/FILO).

## BIBLIOGRAFÍA

Barreiro, X. R. (2003): “O *Estudio crítico* das obras do P. Feijóo de Pardo Bazán, Concepción Arenal e Miguel Morayta”, *La Tribuna. Cadernos de estudos da Casa Museo Emilia Pardo Bazán*, I, pp. 47-95.

Botrel, J.-F. e I. Lissorgues, eds. (2002): *Leopoldo Alas, Obras completas*, Oviedo, Ediciones Novel, pp. 518-522.

Bravo-Villasante, C., ed. (1972): “Emilia pardo Bazán, Necrológica” (sin título), *La Ilustración Artística*, 1 de marzo de 1915. *La vida contemporánea*, Madrid, Novelas y Cuentos, pp. 336-342.

Faus, P. (2003): *Emilia Pardo Bazán. Su época, su vida, su obra*, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, I.

Giner de los Ríos, F. (1933a): *Estudios sobre educación, Obras completas*, Madrid, Espasa-Calpe, VII.

———. (1933b): *Educación y enseñanza, Obras completas*, Madrid, Espasa-Calpe, XII.

Gómez García, M<sup>a</sup>. N. (1983): *Educación y pedagogía en el pensamiento de Giner de los Ríos*, Sevilla, Universidad de Sevilla.

Gómez Molleda, D. (1977): *Unamuno <<agitador de espíritus>> y Giner. Correspondencia inédita*, Madrid, Narcea.

Guillén, C. (1998): “La escritura feliz: literatura y epistolaridad”, *Múltiples moradas. Ensayo de literatura comparada*, Barcelona, Tusquets, pp. 177-233.

Heydl-Cortínez, C., ed. (2003): “Cartas de la Condesa (La guerra europea y la muerte de Francisco Giner)”, *Cartas de la Condesa en el ‘Diario de la Marina’, la Habana (1909-1915)*, Madrid, Pliegos, pp. 275-279.

Kirby, H. L., ed. (1973): “Don Francisco Giner”, *La Lectura*, marzo de 1915. Emilia Pardo Bazán, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, III, 1519-1522.

Laporta, F. J. (1977): *Antología pedagógica de Francico Giner de los Ríos*, Madrid, Santillana.

López-Morillas, J. (1988): *Racionalismo pragmático. El pensamiento de Francisco Giner de los Ríos*, Madrid, Alianza Editorial.

Marco, J. M<sup>a</sup>. (2002): *Francisco Giner de los Ríos. Pedagogía y poder*, Barcelona, Península.

Pontón, G. (2002): *Correspondencias. Los orígenes del arte epistolar en España*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Sinovas Maté, J., ed. (1999): “Crónicas de Madrid”, 21 de marzo de 1915, p.5. *Emilia Pardo Bazán. La obra periodística completa en La Nación*

*de Buenos Aires (1879-1921)*, A Coruña, Diputación Provincial, II, pp. 987-990.

Varela, J. L., ed. (2001): “E. Pardo Bazán: Epistolario a Giner de los Ríos”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXCVIII, cuaderno II y cuaderno III, pp. 327-390 y 439-506.

Villanueva, D. y J. M. González Herrán, eds. (1999): Emilia Pardo Bazán, *Apuntes autobiográficos, Obras completas*, Madrid, Biblioteca Castro, II, pp. 5-59